

amor y que saca a la mujer de la esfera de lo humano y de lo real, para trasladarla a las frías regiones de la abstracción metafísica. Es idealista porque ve en la mujer, no sólo el aspecto sensible, sino el intelectual y afectivo, y lleva al amor, junto con el ardor de la sangre, el rendimiento caballeresco que es propio de los poetas de esta escuela. Por lo demás, la delicadeza de tacto de un artista puede dar forma puramente estética a lo que expresado trivialmente parecería un atrevido movimiento de la pasión. Hasta el desnudo puede tratarse con casta intención, y hay gran diferencia entre la Venus de Milo con su noble serenidad y la Venus Calípiga, con su provocativa y sensual actitud.

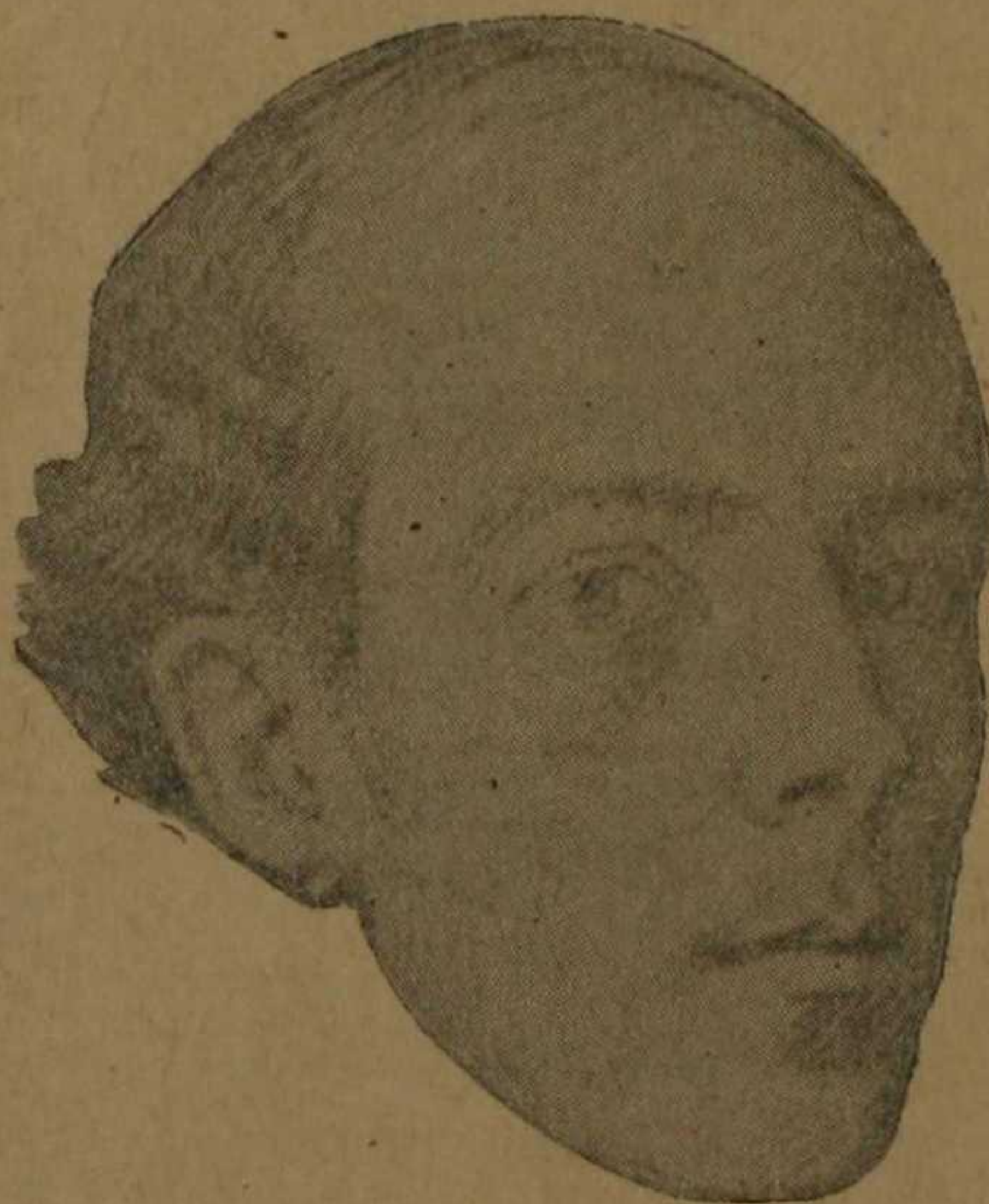
La poesía amorosa, con tendencia idealista, arranca de la Edad Media y tiene en el *Canzoniere* del Petrarca su más alta representación. La estrella del cantor de Laura ha brillado, durante siglos, sobre poetas de diversas razas, como Herrera, Ronsard y Sidney, en el Renacimiento, y como Leopardi, Lamartine, Shelley y Rosetti en los tiempos modernos. ¿Cómo puede alcanzarse la novedad con temas en que han ejercitado su inspiración muchas generaciones de grandes poetas? Aun cuando los asuntos sean, sustancialmente, unos mismos, se diversifican hasta lo infinito, gracias a los grandes artistas, que los renuevan por el sentimiento y los hacen suyos por medio de la expresión. Hasta en el timbre de los versos se revela la sensibilidad peculiar de cada poeta; con mayor razón se trasluce en las imágenes que prefiere para encarnar su pensamiento; en las comparaciones a que acude para ponerlo de relieve y en esos rasgos enérgicos y decisivos, que a modo de relámpagos, iluminan los hondos abismos del alma.

La vuelta del poeta a los lugares que fueron teatro de sus ya muertos amores, tema muy explotado en todos los tiempos, y que trató Petrarca en sus melancólicos sonetos de Valclusa, inspiró, en el siglo pasado, tres de las más bellas elegías que tiene la poesía moderna: el *Lago*, de Lamartine; la *Tristeza de Olimpio*, de Víctor Hugo, y el *Recuerdo*, de Alfredo de Musset. El asunto es análogo, pero la inspiración tan distinta, como lo fué el carácter de los tres excelsos líricos. El platonismo amoroso es el alma de las *Elegías*, de Fernando de Herrera, y también lo es del *Epipsichydion*, de Shelley, en cuyos encendidos versos luce y centellea; y sin embargo, nada hay tan diverso como el genio del poeta español y el del inglés.

Gusta Rasch Isla de envolver sus cuadros y sus figuras en resplandores

de luna; pero no cuando el astro nocturno se ostenta amarillento y tétrico, embozado en fúnebres vapores, sino cuando vierte luz serena, que parece inmaterializar los objetos. Su musa bien podría ir en el cortejo que preside el ángel a quien caracterizó Dante con aquellas divinas frases: *creatura bella, bianco vestita*.

Hay en la poesía de Rasch Isla un fondo de desencanto, de pesimismo, no trascendental y filosófico, sino personal y casi instintivo, basado en su propia y desengañada experiencia. Esa melancolía tiñe de tinte crepuscular no pocos de sus versos y contrasta con el vigor varonil que anima y exalta al poeta en los momentos de lucha. No es Rasch Isla un espíritu risueño, ni



MIGUEL RASCH ISLA

Autor del volumen de sonetos *Para leer en la tarde*, cuyo envío no sabemos cómo agradecerle lo bastante.

su musa es jocosa ni humorística. El amor sin esperanza; lo incierto del porvenir; las ilusiones extinguidas: la dureza del desengaño, hallan acentos patéticos en sus versos. ¿Y no es la musa de la tristeza la que ha inspirado a los poetas de todos los tiempos notas más altas y humanas?

Sobresale Rasch Isla por la delicadeza del sentimiento, que se traduce en una exquisita delicadeza de expresión. Así como otros sorprenden con rasgos desmesurados, con imágenes enormes, Rasch Isla sabe llegar al corazón con acentos íntimos, tanto más intensos cuanto menos estruendosos, y con miniaturas de extraordinario primor. Tiene el arte de las comparaciones breves y sugestivas, que valen por un poema. Véanse estos versos del soneto *Traje olvidado*:

Pendiente de polvosa colgadura,
tiene hoy—por los recuerdos que revela—
esa como orfandad que hay en la tela
en que se va apagando una pintura.

El final del soneto *Como dos velas* tiene un final muy propio del hijo de la costa, acostumbrado a espaciar sus ojos por las dilatadas perspectivas marítimas:

Sin embargo, seremos cual dos naves
que hacia el mismo confín, por apartadas
rutas fueran marchando paralelas,

y que, en mitad de las tormentas graves,
viéranse, aunque distantes, hermanadas
por la visión de sus remotas velas...

Hay otra vigorosa impresión marítima en el soneto intensamente triste, que se titula *No puede ser*:

¡Adiós! Mi desamor está sediento
pero no de tus aguas. Tú has llegado—
cual procelaria errátil contra el viento,—

hasta mi corazón, sañudo y grave,
y es más lóbrego el mar desamparado
si bajo el huracán lo cruza un ave.

El siguiente soneto—bello ejemplar de la inspiración idealista de nuestro poeta—se cierra también con una gentilísima comparación:

Esta ilusión fué un rayo de la aurora
perdido de mi vida entre la bruma:
copo sutil de fugitiva espuma,
sombra fugaz de un ave viajadora.

La vi morir de súbito, señora,
pero su muerte al corazón no abrumba;
la ilusión es esencia que perfuma,
mejor cuando del alma se evapora.

Hoy sólo siento en mi interior aquella
vaga inquietud del niño que delira—
dormido en un jardín—con una estrella;

que intenta asirla en su infantil anhelo,
y de repente, al despertar, la mira
no ya en su sueño infiel sino en el cielo.

Hay en Rasch Isla—y estos versos lo demuestran—bajo una forma castiza, un fondo romántico; como suele ocurrir con todos los poetas en quienes predomina el sentimiento. El romanticismo es pasión; y sin ella, no existe la poesía amorosa. Pero Rasch Isla no expresa sus emociones en la manera tempestuosa, apasionada e hirviente de los grandes poetas de la época romántica—en nuestro entender los más grandes líricos que ha visto el mundo—sino en una forma más templada, más contenida, de matices más tenues y tonos más suaves, de acuerdo con el gusto que ahora predomina. Su libro no es solamente una colección de buenos versos, sino la historia sentimental de su alma de poeta. Y esto hace su mayor encanto.

(Cromos, Bogotá).